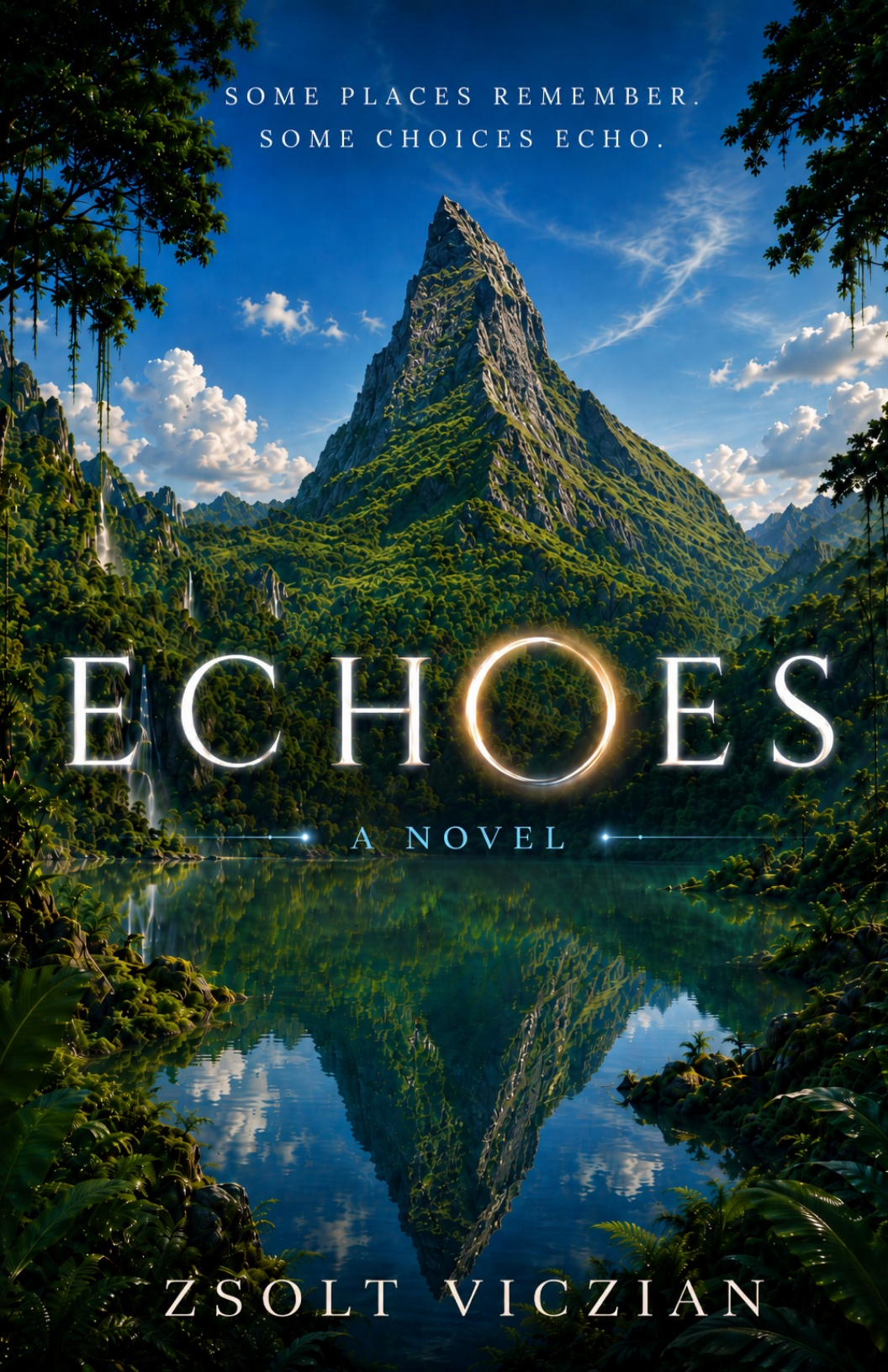




SOME PLACES REMEMBER.
SOME CHOICES ECHO.

ECHOES

— — — — —
A NOVEL — — — — —

ZSOLT VICZIAN

Capítulo 1: Nia

Ahora, cuando me preguntan cómo llegué hasta las curvas enterradas, empiezo por un aula que se rio de una línea de hielo. Fue hace cuarenta y cinco años.

Aún estaba colocando la última bandeja de sedimentos cuando la primera alumna intentó leer la etiqueta al revés.

—Aprenderás más si esperas —le dije.

—Estoy comprobando si la ha escrito bien.

—Entonces supongo que la clase ya ha empezado.

Cuando se llenó el aula, once bandejas poco profundas ocupaban el banco delantero: piedras redondeadas, polvo pálido de un testigo lacustre, fragmentos de roca oscura con arañazos en una cara y una tira de arcilla roja partida por la mitad. Nada de aquello podía competir con el paisaje verde y espeso al otro lado de las ventanas, donde la niebla quedaba prendida entre árboles que trepaban casi hasta la cresta gris. Precisamente por eso lo utilizaba.

Levanté la arcilla. —Esto se depositó en el fondo de un lago.

La alumna más cercana a la ventana se echó hacia atrás para ver la cresta por encima de los árboles del patio. —¿Un lago cálido?

—Frío.

—¿Cuánto?

—Lo bastante como para que el hielo permaneciera en el valle alto durante todas las estaciones.

Dos alumnas sonrieron. Una tercera soltó una carcajada y luego intentó esconderla detrás de sus apuntes.

Dibujé una sección del valle y marqué la antigua línea de hielo. Esta vez el aula se rio de verdad. Conocían aquellas laderas. La línea engullía el instituto, las terrazas inferiores y media montaña de la que veían desde sus asientos.

Comprobé la escala.

Después subí la línea.

Las risas cesaron.

Las preguntas llegaron todas a la vez. ¿Cómo podíamos saberlo? ¿Qué había sobrevivido? ¿El hielo habría cubierto aquel edificio? Una alumna de la primera fila aventuró una profundidad tan exagerada que la sonrisa ya empezaba a formarse en el rostro de quien estaba a su lado.

—¿Por qué has elegido esa cifra? —pregunté.

Señaló la anchura del valle en mi dibujo. —Si el hielo llenaba toda la cuenca, la presión lo empujaría más arriba en los lados.

—La cifra es demasiado grande —dije—, pero el razonamiento sirve. Quédate con el razonamiento.

La sonrisa de la otra alumna desapareció dentro de su manga.

Pasamos de la sección transversal a las pruebas. Roca de base arañada. Bloques ajenos al lugar transportados más lejos de lo que ningún río habría podido hacerlos rodar. Cordones de material dejados allí donde el hielo se había detenido. Aquellas huellas las aceptaron sin problema. Eran lo bastante grandes para parecer sinceras.

La arcilla dio más guerra.

La coloqué bajo el lector. La pared a mi espalda se llenó de granos ampliados: fragmentos minerales claros, poros, motas oscuras apenas mayores que el polvo. Puse una brújula junto a la muestra y acerqué un imán de mano hasta hacer girar la aguja.

—Algunos de esos granos oscuros se orientaron mientras se depositaba el lodo —dije—. Registraron la dirección del campo en aquel momento.

—¿Y se quedaron así?

—En las condiciones adecuadas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que el calor, la presión, el agua, la química o alguna alteración les dieron una razón mejor para dejar de estarlo.

La respuesta no les gustó.

Una alumna preguntó si reconstruir aquel frío antiguo podía servir para predecir el próximo cambio climático de la cuenca. Le dije que solo ayudaría si separábamos el cambio regional de la respuesta local. Después de eso, su bolígrafo empezó a moverse más deprisa.

La señal de salida sonó antes de que hubiera borrado la línea de hielo. Las sillas chirriaron hacia atrás, pero los alumnos se agruparon alrededor de las bandejas en lugar de ir hacia la puerta.

La chica que había inspeccionado mi etiqueta al principio volvió a levantar la mano. —¿Cómo sabe que los granos no cayeron así por pura

casualidad?

Miré la arcilla y luego a ella.

—Trae esa objeción a la próxima clase. Construiremos la prueba alrededor de ella.

Fuera, la lluvia cálida golpeaba las hojas con fuerza suficiente para oírse a través de la ventana abierta. La clase salió todavía discutiendo sobre coincidencias.

Mara había desplegado el mapa de estaciones de la cuenca sobre la mesa de la sala de té y sujetaba una esquina mojada con la taza verde agrietada. Estaba al final del pasillo desde el aula, con la puerta todavía abierta, lo bastante cerca para haber oído las risas y las preguntas que vinieron después.

—Has conseguido que te crean —dijo.

—He conseguido que duden de mí con más precisión.

—Eso es lo que tú llamas conseguir que te crean.

El joven que había traído el pan lo dejó junto al hervidor y se retiró. Mara arrancó un trozo mientras leía el inventario del equipo y dejó caer migas sobre el mapa, un atajo que habría criticado en cualquiera. Aparté el pan de la ruta de prospección.

Nos habíamos conocido siete años antes corrigiéndonos en público antes de comer. La amistad que sobrevivió resultaba útil porque Mara seguía siendo la persona a quien enseñaba un resultado cuando quería que encontrarán primero su parte más débil.

El repetidor del sur había fallado porque unos insectos habían anidado dentro de la carcasa. El mástil de repuesto tenía sitio en el primer tren de mercancías después del amanecer. Mara había rodeado dos veces la hora de salida y se había adjudicado la estación con el acarreo más largo.

—Te has quedado con la ruta mala.

—He evitado que descubras la generosidad a las cuatro de la mañana.

—Te perdiste el episodio —dijo.

—No.

—El capitán sobrevivió al barranco.

—Ya lo sé.

—Entonces lo viste.

—Dos veces.

Levantó la vista. —Rechazas todas las invitaciones sociales durante tres semanas y después te pasas dos noches viendo a investigadores ficticios, pésimamente equipados, cruzar un puente que se viene abajo.

—La secuencia del puente está bien construida.

—El puente se cae.

—Exacto.

La pantalla de mi muñeca se iluminó contra la mesa. Tarin había enviado una foto de una estructura de juncos a medio montar, con el arco superior inclinándose en dirección contraria a la pila de arcilla destinada a recoger su reflejo.

Está haciendo el sonido que dijiste que el junco tejido no podía hacer. Y otra cosa: ¿en casa antes de cenar? Tenemos que resolver lo del hogar.

La estructura era fácil. Amplié la imagen, encontré la ligadura cruzada que tiraba de una costilla contra la siguiente y le dije qué cordón debía aflojar.

La segunda pregunta la dejé sin respuesta.

Mara dio un golpecito al mapa. —¿Le has contestado?

—A la estructura sí.

—Debe de sentirse muy querido.

La nueva residencia de Tarin en el taller lo mantendría río arriba durante varios años. Podíamos vivir separados, acercarnos al valle de mi madre o hacer que se incorporara a su hogar. Él había pedido una fecha. Yo seguía ofreciéndole condiciones.

—Esta noche —dije.

Mara dobló un borde del mapa sobre la tabla meteorológica. —Ayer dijiste esta noche.

—Ayer estaba mal elegido.

Esta vez no se rio.

Terminamos la lista de equipo. Reservé el espacio de carga antes de que pudiera cambiar el horario. La taza agrietada dejó una marca verde y húmeda justo donde la ruta cruzaba el humedal inferior.

Tres mañanas después salimos antes del amanecer.

La línea de mercancías del oeste solo llevaba cajas de campo en su primer trayecto, antes de que los trenes de pasajeros se adueñaran de la calzada elevada.

Mara durmió veinte minutos apoyada contra la ventana, despertó antes de que nadie pudiera darse cuenta y negó ambas cosas. Orly se sentó frente a nosotras con la lista de estaciones sobre las rodillas, haciendo corresponder los números de las carcasas con los carros que esperaban en el andén de destino. Era lo bastante nueva como para comprobarlo todo dos veces y lo bastante experimentada como para ofenderse si alguien la

felicitaba por ello. Su impermeable claro se cerraba con dos broches distintos, uno brillante por haber sido reemplazado y otro oscuro de tanto uso.

Antes de los humedales, la línea atravesaba un pueblo apretado contra la ladera: casas de aleros profundos escalonadas sobre callejones cubiertos y canales de agua abiertos. Cada vez que las nubes se abrían, franjas de vidrio solar oscuro destellaban entre jardines mojados.

La Cuenca Occidental se fue abriendo a nuestro alrededor, un terreno bajo y empapado extendido sobre la curva enterrada: agua negra en antiguos cortes, juncos con las cabezas marrones del año anterior por encima del verde nuevo, islas pálidas donde las raíces de los sauces habían encontrado suelo suficiente para impedir que una persona se hundiera. El esfagno rojo cubría la turba como óxido. La mañana olía a tierra mineral mojada y al borde dulzón de plantas que aún no habían decidido del todo si pudrirse.

Los trenes cruzaban la cuenca sobre lechos elevados de piedra y tierra compactada. Por debajo, las pasarelas de tablones acababan a veces en suelo que había parecido fiable en la estación despejada y desde entonces había cambiado de opinión.

En la primera estación, una rueda del carro se hundió hasta el eje. El agua negra subió lentamente alrededor de los radios.

Mara miró la rueda y después a mí. —Tu ruta sigue siendo excelente.

—Estaba firme cuando la marqué.

—Ese es exactamente el tipo de testimonio histórico contra el que adviertes a tus alumnos.

Cargamos las cajas los últimos cien pasos. El barro tiraba de nuestras botas; los juncos golpeaban las carcasas.

En el segundo punto, Orly detuvo al técnico principal antes de que apretara el mástil.

—Se mueve.

La placa parecía nivelada. Ella presionó una esquina con dos dedos. El agua brotó alrededor de la pata opuesta.

—Podemos calzar el lado bajo —dijo él.

—Entonces el calce pasa a formar parte de la estación.

Me miró.

—Muévanla —dije.

Llevamos el mástil treinta pasos hasta una elevación de grava apenas lo bastante ancha para los soportes. Orly anotó la posición abandonada en el

registro en vez de permitir que el error desapareciera en una versión más limpia del día.

Al mediodía habíamos perdido otro emplazamiento previsto por infraestructura enterrada. La lluvia cruzó el pantano como un velo gris; primero llegó como sonido sobre el agua y solo después nos tocó.

Arrastramos las últimas cajas hacia una isla arbolada de abedules y alisos. A mitad de los tablones se abrió la bota de la técnica más joven. Mara intercambió la carga con ella antes de que nadie pudiera convertir el gesto en ceremonia.

—Sabes —me dijo— que algunos responsables de campo consultan el tiempo.

—Lo hice.

—¿Y?

—No estaba de acuerdo.

Orly se rio con tanta fuerza que tuvo que agarrarse a la barandilla. Durante un segundo luminoso, las tres estábamos empapadas y tratando de mantener el equilibrio con instrumentos caros suspendidos sobre agua negra mientras el tren de mercancías hacía sonar la campana de salida por encima de nosotras.

A última hora de la tarde había cuatro estaciones en pie y una posición prevista seguía en blanco. Perdimos el tren de vuelta por cuatro minutos.

Mandé un mensaje a Mamá diciendo que llegaría a la casa al día siguiente por la tarde, demasiado tarde para ayudar a preparar, como había prometido, la decisión sobre la terraza.

Orly llevaba el registro de la estación cerrado sobre el regazo.

—¿Mañana? —preguntó.

—Mañana.

Fuera, una niebla baja se reunía sobre el agua. Las nuevas estaciones permanecían entre los juncos, registrando sin nosotras.

Llegué a casa de mi madre a la tarde siguiente, después de dos transbordos y de recorrer a pie el último tramo porque el carro de la casa transportaba piedra. Mi tío caminaba junto al buey, sujetándolo por la cabeza. La luz baja alcanzaba la pared húmeda del canal y las raíces amarillas que mi madre cultivaba debajo. La casa había ido creciendo alrededor del patio desde mi infancia, con habitaciones nuevas construidas sobre la piedra antigua sin mover la cocina ni el canal de agua que atravesaba el patio.

La comida ya había empezado. El humo y el olor a harina caliente me llegaron desde la puerta. Mi hermano estaba junto a la piedra caliente dando la vuelta a discos de masa, con harina hasta los codos, mientras mi madre y dos tías ocupaban la mesa con registros de tierras, un dibujo de la pendiente y tres posibles líneas para el muro de la terraza.

—Eso ha sido intencionado —dijo mi hermano sin levantar la vista—. Prefiere llegar cuando las decisiones ya están tomadas.

—Prefiero decisiones respaldadas por pruebas.

—Entonces te has equivocado de mesa.

Mi tía mayor señaló con un dedo la línea del muro antiguo. —Reconstruimos aquí. El almacén se queda donde está.

—Primero hay que desplazar el aliviadero hacia el norte —dijo mi hermano desde la cocina—. El agua pasó por encima del árbol occidental. Si reconstruyen sobre la línea antigua, volverá a empujar el muro hacia fuera.

—Viste una tormenta —dijo mi tía—. Las mujeres que cuidan el huerto llevan estaciones observando esa ladera.

—Esa tormenta fue la que movió el muro.

—¿Qué marcaste? —pregunté.

Trajo una tabla cubierta de harina y se quedó de pie al extremo de la mesa. Tres marcas mostraban el desplazamiento del muro durante las últimas estaciones de lluvia intensa; una cuarta trazaba la escorrentía.

Mi tía preguntó quién las había comprobado.

—Nadie —dijo—. Ustedes aplazaron la inspección.

Mi madre partió una raíz amarilla por la mitad y dejó un trozo en mi plato. —¿Qué línea?

—Si el aliviadero movió el muro, desplazarlo puede bastar. Si el relleno inferior se ha aflojado, no. El árbol puede estar levantando las piedras, pero la secuencia tampoco lo demuestra.

—Tenemos un muro —dijo mi madre.

—Puedo darles un intervalo de riesgo.

—¿Puedes dárnoslo antes de que se queme el pan?

Mi hermano dio la vuelta a la masa. —No.

Lo miré. —Estaba a punto.

—Estabas a punto de explicar por qué la pregunta estaba mal planteada.

Sonreía. Sonreí a pesar de mí misma.

Mi tía menor preguntó qué opción fallaría de la forma menos grave si yo estaba equivocada. Señalé la línea del medio, más metida en la ladera y con

el aliviadero desplazado hacia el norte. Costaba parte del espacio del depósito de agua y del terreno alrededor del árbol occidental. También era la línea que mi hermano había dibujado antes de que yo llegara.

Mi tía mayor apretó el pulgar contra el registro. —Reconstruimos el tramo central. El aliviadero va al norte. Dejamos el árbol hasta la próxima lluvia intensa.

Mi madre asintió y dobló el dibujo de la pendiente.

Mi hermano dejó el pan a mi lado y volvió a la piedra caliente antes de que ella hubiera terminado. Mi tía le pidió la sal; él se la pasó sin sentarse a la mesa.

—El pan está bueno —le dije.

—Esa respuesta sí estaba bien formulada.

Comí pan, raíz amarilla blanda y dulce en los bordes, y hojas amargas mientras mi tía anotaba el aliviadero del norte en el registro de tierras.

Fuera, el agua corría por el viejo canal de piedra hacia el huerto. La seguí hasta la verja inferior y luego la dejé para subir hacia el lago, persiguiendo lo que quedaba de luz antes de que Tarin se cansara de esperar.

El lago estaba más cálido que el aire y lo bastante frío para que la primera bocanada resultara ridícula.

Tarin entró antes de que yo porque le gustaba verme discutir con el agua desde la orilla. Salió a la superficie más allá de la piedra de embarque, con el pelo sobre los ojos.

—Pareces muy convincente —le grité.

—Estoy sufriendo con gran belleza.

—Es tu profesión.

Su nueva instalación ocupaba las aguas poco profundas del otro extremo: treinta estructuras de juncos a la altura de la rodilla formando una curva suelta, con pequeñas copas de arcilla entretrejidas. Al anochecer las copas vaciaban su agua por agujeros diminutos sobre fibras tensadas debajo. Por la mañana la arcilla empezaría a agrietarse. Tres días después desmontarían todo.

Le había preguntado por qué iba a pasar seis semanas construyendo algo diseñado para fallar.

Él me había preguntado por qué yo pasaba seis años reconstruyendo un hielo que ya no existía.

La comparación era errónea en tres aspectos técnicos y correcta en uno humano, lo que la hacía difícil de descartar.

Entré con él. El frío se cerró sobre mis hombros. Durante un rato nadamos sin hablar, sus brazadas desordenadas y fuertes, las mías lo bastante eficientes para que me acusara de convertir el placer en transporte. Cruzamos bajo el reflejo del pico en forma de cuerno y regresamos junto a los juncos.

La primera copa de arcilla soltó el agua cuando aún estábamos a veinte pasos. Una nota hueca cruzó el lago. Luego respondió una segunda más lejos a lo largo de la curva y después una tercera.

Las notas no formaban una melodía. El viento, el nivel de llenado y los pequeños errores de cada copa moldeada a mano habían hecho imposible la certeza. Aun así, la secuencia avanzó, vacilante y hermosa, como si la orilla pensara en voz alta.

Flotamos hasta que se vació la última copa.

—Mañana sonará distinto —dijo.

—Mañana la entrada de agua puede estar más baja.

—Eso también.

Le gustó la corrección.

Después, en la piedra plana, nos envolvió a los dos en una sola tela áspera para secarnos y me enseñó el aviso de encargo del consejo de la cuenca oriental. Una plaza pública, tres noches, apoyo material suficiente para trabajar a una escala que nunca le habían ofrecido. La inauguración caía dentro de mi siguiente ventana de prospección.

—Podemos mover el día de campo —dije.

—No has visto el horario.

—Conozco el horario.

—Conoces el tuyo.

Prometí que estaría allí la primera noche. Tarin no pidió las tres.

Al otro lado del lago, las copas de arcilla ya empezaban a secarse. Su breve trabajo había terminado. Las estructuras seguían allí: juncos corrientes contra agua corriente.

El trueno llegó al lago mientras nos poníamos las botas.

Las nubes se habían acumulado detrás del hombro occidental sin que ninguno de los dos lo advirtiera. Pasaron sobre la cresta como una sola pared oscura. Tarin envolvió con la tela mojada el aviso del encargo; yo metí nuestra ropa en la mochila sin doblarla. Las primeras gotas golpearon las hojas con fuerza suficiente para sacudir el polvo de su cara inferior.

En la segunda curva del sendero, el camino ya se había convertido en un canal. Tarin me agarró de la muñeca cuando el barro cedió bajo uno de mis

pies, y yo le devolví el favor diez pasos más tarde. Nos reíamos mientras la lluvia aún parecía una molestia. Entonces un relámpago volvió blancos los árboles de abajo y el trueno llegó antes de que termináramos de contar.

—Ahí —dije.

El saliente rocoso quedaba un poco apartado del sendero, poco profundo y oscuro bajo una costilla de piedra gris verdosa. Comprobé que la ladera de encima no arrastrara material suelto y seguí a Tarin al interior.

El suelo del fondo estaba seco. El viento hacía pasar la lluvia frente a la abertura en cordones plateados. Nos sentamos hombro con hombro, las mochilas entre los pies, compartiendo otra vez la tela de secado porque ninguno de los dos había llevado nada sensato para un tiempo que una hora antes no existía.

Tarin se apoyó hacia atrás y se movió una vez. Pasó la mano por la piedra a su espalda.

—Toca esto.

A la altura del hombro, la superficie era mate y lisa, no pulida hasta brillar, sino desgastada hasta quedar más suave que la fractura que la rodeaba. Puse la palma. Encajaba de inmediato: la altura de una espalda, el lugar que elegiría un cuerpo que espera.

—Supongo que este sitio refugió a muchísima gente antes que a nosotros —dijo. La lluvia llenaba la entrada y ocultaba el sendero—. Y refugiará a mucha después. Casi se puede sentir el tiempo aquí.

—Se puede sentir la roca fría.

—Eso también.

Me apartó la mano de la pared y la sostuvo entre las suyas hasta que me entró calor en los dedos. Vimos cómo la tormenta se agotaba sin decidir quién había utilizado aquel refugio ni cómo llamaban a la montaña. Cuando los truenos se desplazaron hacia el este, volvieron a oírse las gotas por separado.

Tarin salió primero y me ofreció la mano como si el suelo más allá del saliente fuera un cruce de río.

El sendero de regreso brillaba bajo la lluvia que se retiraba.

Gracias por leer

Gracias por leer este capítulo de muestra de *Echoes*. Espero que te haya gustado. Si quieres continuar la historia - o escucharla - aquí puedes encontrarla.

En Amazon, por el momento, solo está disponible la edición en inglés. Allí también puedes conseguir la edición de bolsillo en inglés:

<https://www.amazon.com/dp/B0HFKGSD7M>

En Gumroad puedes conseguir el ebook sin DRM en EPUB y PDF en alemán, chino, español, francés, húngaro, inglés (original), japonés, neerlandés y ruso. Las ediciones traducidas son traducciones automáticas. El audiolibro en inglés también está disponible allí:

<https://zsviczian.gumroad.com/l/echoes>

Si te interesa saber cómo se creó *Echoes*, puedes ver mi video entre bastidores sobre el proceso de escritura y producción:

<https://youtu.be/AzXP6SpD1XU>

También puedes suscribirte al boletín Sketch Your Mind:

<https://sketch-your-mind.com/newsletter>

Gracias por compartir un poco de tu tiempo con *Echoes*.

—Zsolt